

Ficha técnica

Autor: Rafael Baraona
Título: "Los pasos del andarín"
Editorial: LOM
Nº de páginas: 137

Rafael Baraona (1911), geógrafo de profesión, se define a sí mismo como un "investigador del campo". Con estudios en las universidades de Columbia (E.E.U.U.) y Cambridge (Inglaterra), ha sido consultor sobre temas agrícolas de la Cepal, FAO y OIT. También ha realizado numerosos trabajos para el Instituto Geográfico Militar.

Hasta la reciente aparición de *Los pasos del andarín*, su primer libro de cuentos que el año pasado obtuvo el Premio del Consejo Nacional del Libro y la Lectura, sus publicaciones se refieren a la especialidad agrícola, tanto en temas chilenos como latinoamericanos. Destacan un completo estudio descriptivo del valle de Putaendo, realizado en colaboración y otro sobre el sistema alimentario maya, además de diversos artículos acerca del sujeto social campesino.

Por su intensa actividad profesional, ha vivido en varios países latinoamericanos. Actualmente es conservador de la Biblioteca José María Arguedas, única sobre temas agrarios existente en Chile. Y está escribiendo su primera novela.



"Los pasos del andarín", de Rafael Baraona

El mundo le queda chico

José María Santibáñez se llama el andarín, este curioso personaje transhumante que Rafael Baraona despliega en "Los pasos del andarín", recuperando una tradición popular chilena. Siempre en busca de algo que nunca queda claro, se desplaza por el norte de Chile, las tierras altas de Perú y Bolivia o bien por el mexicano estado de Oaxaca. Este es el cuento que abre el volumen.

Un gran mentiroso, eso es lo que era. Puras mentiras contaba el caballero, el andarín ese. Ustedes verán el por qué lo digo.

Un tiempo después de que se fuera, estando yo en Itama, don Oprobio Cancel, algo enfermo el hombre, me pidió que lo acompañara a la capital a entregar unos quesos y cobrar unas platas que le debían. Todo el camino me fui mirando y por ninguna parte vi lo que nos había contado el mentado andarín chileno. Vimos harto mar que fue la única agua abundante que había. De regreso, al bajarnos en Chalina, le pedí a don Oprobio que me pagara. No quería hacerle: "Mejor arreglámos en Itama y mecas lo que quieras de la tienda". Gracias, no, don Oprobio, es que sigo para el norte, hay algo que tengo que encontrar. "Te vas a ir igual que tu padre y no volverás". Ya verá como vuelvo, don Oprobio, lo de mi padre tampoco fue así, lo confunde con otro.

Me llevó un camiónero, a medida que más al norte llegábamos, más seco se veía todo. No seco como por acá, sino seco, seco, donde nada crecía ni podía darse nada de lo seco que era. Desde un pueblo llamado Taltal me devolví, no valía la pena seguir. Cuando preguntaba por esos lugares que decía haber visitado el andarín, la gente se ponía a reír.

Cuando se apareció el andarín ya me tenía cabreado el andar por los cerros quemando las espigas de los quiscos y sandillones para que pudieran comérselos nuestros burros. Después de tanta secura había llovido toda una noche y de nuevo había algo de pasto, sobre todo en los sitios donde había quemado los quiscos.

Llegó por donde nadie llega y otro día se fue por donde nadie se va. El Cazino del Inca lo llaman y cruza derecho, derecho por los cerros, como sin temarlos en cuenta. Fue hecho por los gentiles de antes y ni el tata de mi tata los conoció. Así son de antiguos. Ellos sólo se apartaban de su camino para ir a hacer unas pinturas de animales, de unos que ya no hay, en los riscos más altos que divisaban.

La gente de estos rumbos transita por una cañada que pasa

frente al rancho, por ahí van y vienen de sus veranadas en la cordillera. A veces divisamos uno que otro cateador con sus burros. Sabemos por el ladrido de los perros que en la noche cruzan personas que vienen del otro lado, del paso Las Rodadas. Siguen de largo y ninguno ha saludado siquiera.

Ese día, como que me anduve asustando cuando se apareció el andarín en lo alto de la loma, tan grande se veía. Al fin me tranquilicé cuando los perros se le acercaron meneando la cola. Se vino donde yo me encontraba y me saludó muy educadamente. Que cómo me llamaba y si vivía en aquel rancho. "Yo soy el andarín chileno y el mundo me queda chico", así se presentó. Eso me cayó mal por

fantasioso. Con el paso del tiempo me di cuenta que fue una de las pocas verdades que le escuché.

Lo acompañé hasta el rancho para que descansara. Mi madre ya nos había visto porque cuando llegamos estaba afanada barriendo el corredor. Se le presentó de la misma manera pero no dijo nada de quedarle chico el mundo. "Y su gracia cuál será, caballero". José María Santibáñez, para servirle, señora.

Pidió permiso para descansar en el corredor pero antes le entregó un trozo grande de charqui y otras cosas de comer que traía en el morral. Sin esperar las gracias tendió una tela en el piso y se quedó dormido.

Mi madre no se cansaba de mirarlo, tal vez porque estaba vestido de una manera tan especial o porque era tan grande y hasta buenmozo. Me dijo: "Vaya a Itama, le entrega estos quesos a don Oprobio, dígame que ya puede mandar el resto de las cabras, usted mismo las trae. Que nos habilite para el mes. Pase donde el tata y que los niños se vengan con usted, por lo menos la Tere". La Tere era la menor y todavía no iba a la escuela.

Fui a buscar al único burro que nos quedaba y cargué los pocos quesos que teníamos. Recién empezaba la aparición, las cabras que no se habían muerto estaban apenas reponiéndose, pero el burro y nosotros seguíamos como palos de flacos. Para qué hablar de los perros, de alguna manera se las arreglaban.

Al despedirme observé que mi madre se allegaba al hilo de agua de la vertiente para bañarse. No teníamos ni jabón, pero ella había tomado un manojo de hierbabuena y se lo pasaba con suavidad por todo el cuerpo. No me despedí del andarín para no despertarlo.

Nos fuimos despacito por la cañada. No quería apurar al burro y dejaba que el pobre comiera a su gusto el pastito que ya asomaba. Por suerte no se empachó. Hemos dejando atrás las diversas majadas. Me preguntaban cómo venía el pasto en los altos de La Estancia, que es donde nosotros vivimos. Más o menos igual que por acá, les contestaba. La gente se notaba contenta y como recién bañada. En todo caso, se veían pocas cabras.

El mundo le queda chico [artículo].

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1995

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El mundo le queda chico [artículo]. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile